

EL SECUESTRO

Pedro Jiménez Sánchez

Image not found.

Capítulo 1

Pocas veces, un documento histórico podría haber sido más importante. Desde luego, había llegado a mis oídos que andaba suelto por ahí, que se le había extraviado al encargado del Protectorado, que fue donde lo guardaron bajo llave. Pero, como en esto de la rumorología, nunca se sabe ni dónde empieza ni dónde acaba, ni qué es verdad ni qué mentira (como en las teorías conspiratorias –por eso dice el refrán “conspira, que algo queda”-), pues ya no sabemos qué creer: hay quien dice que fue robado, quien afirma que fue vendido desde dentro por un topo. Incluso hay quien se ha atrevido a sugerir que fue copiado o duplicado por el mismo director general de la Agencia Central de Inteligencia.

No lo sé, desde luego; lo único que yo puedo decir es que, cuando llegó a mis manos, supe de inmediato que mi vida corría serio peligro. Sabía (todo el mundo lo sabía en las altas esferas del Gobierno) que ese manuscrito en mi poder era una bomba, pero una bomba que podía estallarme a mí mismo en las manos. Una llamada anónima que me heló la sangre, me advirtió que el mismísimo Rey se había reunido en secreto con el Papa para estudiar las posibilidades de recuperar el documento.

Como podréis intuir, los primeros días no salí de casa (ni casi de mi dormitorio) pues, entre el riesgo que entrañaba que aquel dossier secreto cayese en manos del enemigo, el peligro que corría mi propia integridad física y la excitación que me producía el no poder dejar de leerlo (sabiendo de mi privilegio por haber podido acceder tan accidental y casualmente a tan preciada información), no podía encontrar razón alguna que me empujase esos metros hasta la calle.

Pero cuando comenzaron las cartas y mensajes anónimos de amenaza, no pude controlar el pánico. Es por ello que solicité el servicio de protección de testigos y pude abandonar mi hogar, rodeado por una verdadera cohorte de guardaespaldas. Pero cometí un error imperdonable: me dejé el documento en mi dormitorio, encerrado a buen recaudo en la caja fuerte, cuya combinación estaba protegida en un apartado de correos de las Islas Caimán, que sólo el Rey y el Presidente del Gobierno conocían.

Y no me preguntéis cómo, pero, al llegar a casa no había ni rastro del documento... ni de la caja fuerte.

Y entonces empezó para mí un suplicio incluso peor que el de los primeros días: ahora fueron el Gobierno y la cúpula del Ejército los que me amenazaron muy seriamente con quitarme la vida, si no era capaz de

reconstruir, palabra a palabra, el documento.

Y en ésas estamos: me queda, al menos, la tranquilidad de que, al habérmelo leído tantas veces, esta reconstrucción que he hecho del manuscrito, y que os brindo, es bastante fiable (al menos, eso creo).

Ahora me consumen los nervios porque esta tarde, un alto gerifalte de las Fuerzas Armadas vendrá a recogerlo a mi casa. Y, después, un comité experto decidirá, tras analizarlo a fondo, si mi vida se salva o si, por el contrario, llega a su fin.

Como, obviamente, no se podía fotocopiar (pues arriesgaría, no sólo mi vida sino la de mis hijos), me lo voy a leer por última vez, para darle el repaso postrero. Me desconcierta el hecho de que, tanto algunas palabras como algunos de los hechos que narraba tan importante dossier TOP SECRET, ni siquiera las pude comprender cuando leí el original. Y espero que eso no haya influido en mi reconstrucción (por la cuenta que me trae). De lo que sí estoy seguro es que dicho manuscrito venía firmado por unos tales "Miguel y Pedro, o viceversa". Pues nada más que añadir y empiezo mi última lectura:

EL SECUESTRO

Aquella era una preciosa noche estival. Nos encontrábamos con nuestros amigos y admiradoras en el pub "La Terraza", conocidísimo pub sevillano. Charlábamos animadamente, apasionadamente y Vicente cuando Mariló (Mariló para los amigos) comenzó a sudar a armarios de modo compulsivo: necesitaba anhelantemente un paquete de pipas "Curro", sin sal, de las que vende Manolo, el del "Pala". Salió rauda y veloz como una silla.

Al ver que tardaba en volver, JuanjoJuanjoLosientoLosiento salió a la puerta y, al cabo de un rato, regresó para decirnos a todos los demás:

- Lo siento, lo siento: han secuestrado a Mariló. Se la han llevado en un coche, metida en un saco de patatas.

En el ambiente se respiró de golpe una sensación de terror, pavor, horror y licor. Todos temblaron de música y alguien lloró sangre. Willy preguntó:

¿De qué dimensiones era el coche?

Ante el pánico generalizado, nosotros (es decir, Miguel y Pedro, o viceversa), nos miramos y, moviendo rítmicamente la cabeza al ritmo de la canción "Contacto en Saigón", dijimos:

Nosotros la rescataremos.

Las niñas lloraron extenso de emoción y una voz dijo:

Miguel y Pedro son los más sinceros.

Un calvo se montó en la tarima de las actuaciones musicales y gritó:

Hermanos: no os dejéis manipular por la sociedad de consumo.

Empezamos a departir, entre los más listos de la pandilla (concretamente los intelectuales), qué habría podido ocurrir.

JuanjoJuanjoLoSientoLoSiento (sin ser de los más listos en modo alguno) afirmó estar seguro de que habían sido los de la banda del Irua del Perro, porque secuestran con frecuencia a chicas que necesitan anhelantemente un paquete de pipas "Curro", sin sal, de las que vende Manolo el del Pala.

Nosotros (es decir, Miguel y Pedro o viceversa) sabíamos que nos enfrentábamos a un hueso duro de roer, sabíamos que la banda del Irua del Perro era de las más temibles de toda la ciudad. Más aún, habíamos tenido la repetida oportunidad de comprobar que el Irua del Perro era incluso más temible que su propio perro, que ya lo era lo suyo. Le vimos, en cierta ocasión, enfrentarse a un tipo (cerca de Altair, donde abundaban las miamóns) y decirle:

Primín, que eres primín y pareces un "zaco" lechuga.

El tipo amedrentado gritó "Beee iiiiirrrrrrruuuuuaaaaa" antes de desmayarse, pues éste suele ser el grito de miedo que provocan los iruas.

De modo que les dijimos a los demás que necesitaríamos bastantes efectivos (o, al menos, mucho apoyo moral), puesto que nos íbamos a enfrentar a alguien muy, pero que muy peligroso. Nuestros amigos nos respondieron que "lo que les pidiéramos", y las chicas nos dijeron lo mismo, pero relamiéndose un poco los labios (gesto que no supimos interpretar con exactitud, pero que nos convulsionó algo la cayamba).

Fran bailó un tango mientras Pepehazelcaballo se fue a la Gran Plaza, a comprarse un bonobús escolar porque San Pedro ja ja.

La gente empezó a ponerse nerviosa porque no sabíamos por dónde empezar. JuanjoJuanjoLoSientoLoSiento dijo:

Lo siento, lo siento: es el momento de hacer propuestas.

Juan Carlos preguntó:

¿Y si llamamos a la policía?

¿Por qué dices eso?, le preguntó, a su vez, ElHijoPutuCómoPara.

No, nada: era una pregunta similar.

Yo salté indignado y le pregunté a Juan Carlos:

Pero, ¿similar a qué?

No, en general: similar, similar.

El Mismo, que se nos acababa de colgar en el grupo, marcó otro gol (como siempre) y dijo:

Yo puedo aportar mis goles, si queréis –pues era consciente de que él era el pichichi del campeonato de futbito de las Carmelitas, donde Miguel y Pedro (o viceversa) conocieron a Lola y Marisa.

Rafa, el que no sabía a nada, le escupió a la cara, pues pensó, al instante, que los goles del Mismo no nos aportarían gran ayuda.

Apareció por allí un señor mayor, llamado tito Obdulio, que dijo:

No os peleéis, o llamo a Pepito Brigada.

Fran continuaba bailando y el Boy Scout se compró un piso.

.....

A la mañana siguiente nos fuimos (esto es, Miguel y Pedro o viceversa) andando al centro, porque necesitábamos pensar, y nosotros en el centro pensamos mejor que el paquete de cigarros que se fuma Celedonio todos los días. ¿No me entiendes? Uchaaa Juuaannnn.

Fuimos corriendo hacia el banco Reezzzzzz, donde estuvimos aquella mañana en que madrugamos para ver amanecer, y recordamos, muy felices, el día en que Miguel conoció a Pedro, que fue un día en que éste último, en Altair, perseguía a Alfonso con una mierda pinchada en un palo, y Alfonso huía porque no era muy de olores.

Tras haber sentido lo mismo que aquella mañana en el banco Reezzzzzz, nos sentamos en la orilla del río a seguir recordando, pues Don Mariano nos había dicho que llenando la mente de imágenes y contenidos positivos, ésta funciona mucho mejor. Y claro, eso era lo que perseguíamos nosotros: que nuestra mente trabajase lo mejor posible para poder rescatar a Mariló, y que bajase la gasolina, que se había puesto por las nubes. De modo que comenzamos a recordar hazañas

hermosas, vividas juntos, para reforzar nuestro poder mental. Claro.

Recordamos, en primer lugar, el día en que conocimos a AhíVieneDonPaulino: estábamos en el jardín del colegio, tras haber comido, cuando apareció AhíVieneDonPaulino y, en viendo que Pedro escondía algo en sus manos, poniéndolas tras la espalda, se le acercó y le dijo, eso sí, con su voz ronca:

¿Qué pasa, Pedrooooo?

Ehhhh, Don Paulinoooooo.

¿Qué tienes ahí, Pedro? –dijo AhíVieneDonPaulino, señalando las manos que Pedro se escondía tras de sí mismo.

Nada, Don Paulino. Eeehhhhh.

Aveeee, Pedroooo.

Que no tengo ná, Don Paulino, de verdad.

Aveeee, Pedroooo.

Finalmente, Pedro le enseñó las manos, y puso las cartas boca arriba, reconociendo que estaba escondiendo comida (en concreto, un bocadillo de salami), sabiendo de sobra que estaba terminantemente prohibido comer en los jardines de Altair. AhíVieneDonPaulino le dijo sin rodeos:

Peeedroooooooooooooooooooooo. A la calle, Pedro.

También recordamos aquellos felices días de comedor del colegio, días en los que conocimos al único "Ya" que habíamos visto en nuestra vida.

Estábamos muy contentos recordando cómo nosotros, Alfonso, El Copa y Juan Gómez (¿no me entiendes?) nos retrasábamos queriendo, en la comida, para provocar al Ya, que se nos acercaba, cabreado siempre, y nos decía:

¿Queréis acabar YYYYYYYYYYYYYYAAAAAAAAAAA?

En fin, fueron demasiados recuerdos románticos y agradables (agárrate al cable) como para poder explicarlos todos aquí, en este testimonio, pero nos agrandaron el alma, sin ninguna duda: Una Tapilla, el hombre del mapa, la pensión Con Vistas al Mar, Mira Alfonso Un Hombre, los Oscua ííííooooo Offffuuuúúúú IIIIooooo, Martín Corona, Ucha Ángela, Ucha Luis el Lozas... En fin, como decíamos, demasiados recuerdos entrañables (que nos forzarán, sin ninguna duda, a escribir un libro, para dejar constancia escrita, pues no sería justo que la historia perdiera tan importantes

avatares por nuestra pereza, o negligencia, o gafas de sol).

Cuando terminamos de recordar y, por ende (no confundir con Michael) de reforzar nuestro poder mental, decidimos irnos de aquel banco junto al río y entrar en cualquier bar madrugador, para desayunar o cenar, lo que nos dieran.

Nos dirigimos hacia un antro muy de viejos aguardientosos cuando nos cruzamos, justo a la salida del río, con un borracho. Miguel y Pedro (o viceversa) le preguntamos la hora:

Oiga, ¿tiene Vd hora?

Ka.

Por favor, ¿le importaría decirnos la hora?

Ka.

Miguel y Pedro hicimos el gritito de coraje, pero en su más ínfima versión (iiii).

Perdone Vd, buen hombre, ¿nos quiere decir la hora?

Ka

BBBBBUUUIIIII (grito de coraje aumentado). Oiga Vd, pero, ¿nos dice la hora, por favor?

Ka.

BBBRRRGGGGGGGG. ¿Tiene hora, por favor?

Ka.

BBBRRRRRRRGGGGGGGUUUUAAAAA. ¿Nos quiere decir la hora, por favor, alma de Dios?

Ka.

Y ya no pudimos evitar gritar la esencia del coraje, el verdadero himno corajudo que habría de pasar a la posteridad, sin ninguna duda y sin cobrar:

- OOOUUUAAAAAABBBBBRRRRRRRGGGGGGG, Ah, mala, malaaa, Ah, mala, malaaaaaa... Ah mala, malaaa, ualamaaala patataaaaaa!!!!!!!!!!!!

El hombre del Ka dijo Ka por última vez y se fue corriendo a comprar choppedpork.

Miguel y Pedro (como habíamos celebrado juntos las últimas navidades), resolvimos desayunar (o cenar, lo que nos dieran) lo antes posible para volver al barrio, a decidir finalmente la estrategia para salvar a nuestra amiga Mariló, Mariló para los amigos, como todos Vds sabéis.

Justo cuando íbamos a entrar en el bar "Ucha Vidal" se nos cruzó un imbécil, que estaba comiéndose un bocadillo de chorizo, y nos preguntó:

¿Habéis visto a Pepe Carmona?

No, ¿para qué lo quieres?

Para darle chorizo. Como es pobre...

¿Y tú quién eres?

Shururú.

¿Y por qué tienes ese nombre tan estúpido? Y ten cuidado con lo que nos respondes, pues te encuentras ante dos héroes. Ten en cuenta que vamos a rescatar a Mariló.

¿Y quién es ésa?

¿Y a ti qué te importa?

No, hombre, yo era por lo de saber de quién estáis hablando y eso.

Bueno, te hemos preguntado que por qué te llamas así,

Ah, sí, lo del nombre. Pues me llamo Shururú por una historia que, en realidad, es un poquito rara. Os cuento: resulta que iba yo por el Parque Amate cuando caí en la cuenta de que me había olvidado el reloj en mi casa. Entonces, me crucé con un señor y, antes de observar que iba borracho, le pregunté: "¿tiene Vd hora?" y él me respondió "Shuru". Yo le dije: "Quillo, ¿pero qué paza? Quillo, pero dime la hora, ¿no? Quillo, pero dilo ya". Y el borracho me respondió: "Shuru, Shuru, Shuru, SHURURÚÚÚÚÚÚ". Y por eso me llamo así.

Entendemos –dijimos los dos al unísono, y no despedimos de él diciéndole- Vete y no lo hagas más.

Shururú salió corriendo, sin despedirse, y siguió preguntándole a todo aquél con el que se encontraba, si había visto a Pepe Carmona, para darle

chorizo.

Ya dentro del bar vimos a Don Aurelio, que se rascaba compulsivamente la barba al tiempo que se tomaba dos copas de coñac. Nosotros, es decir, Miguel y Pedro o viceversa, nos acercamos a él cantando "Cha Vidaaaal, Cha Vidal, Cha Vidal" y le preguntamos:

Don Aurelio, ¿dos copas de coñac?

Sí –nos respondió él con su voz ronca, mientras se seguía rascando la barba y echaba un pollo al suelo- una pa frío y otra pa mí.

Nosotros nos reímos muy a gusto, tanto que nos mesábamos el cabello de la risa, pero Don Aurelio, llevándose el dedo a los labios en ademán de callarnos, nos indicó, por gestos, que nos acercásemos a él, que quería decirnos algo al oído. Así lo hicimos y él nos preguntó muy quedamente:

Oye, ¿son verdad los rumores que han llegado a Altair (donde damos clase a los chicos, tíos fuertes, tíos recios, tíos duros, tíos que mantienen su castidad) de que han secuestrado a Mariló y que vosotros dos sois los encargados de investigar el caso y de rescatarla?

SSSSShhhhh (nos llevamos un dedo a la boca): Sí, Don Aurelio, pero hable más bajito, no vaya a ser que haya espías por aquí.

No, si eso sí que me lo he planteado. Pero lo que yo os quería preguntar es, más o menos, lo que sigue: ¿podemos publicar en la revista del colegio Altair que vosotros, los héroes, os habéis ofrecido voluntarios porque habéis recibido una excelente educación en la Obra, como tíos fuertes, robustos, recios, castos? Más aún: ¿podemos poner en la revista que, en realidad, fuimos nosotros, en el cole, entre confesión y confesión, los que os animamos a que os presentaseis voluntarios a rescatar a Mariló?

¡Y una mierda! No podéis publicar eso, mayormente porque es mentira.

Pero, hombre, ¿qué más os da? Lo importante es el apostolado.

Que noooooo- Nosotros nos ofrecimos libre y voluntariamente y estamos dispuestos a jurarlo ante cualquier tribunal.

No, hombre, yo lo decía por lo del apostolado y eso: para conseguir para la Obra más tíos recios, chicos fuertes, deportistas, castos.

Lo sentimos, Don Aurelio, pero de ese tema pasamos un poquito.

Don Aurelio, viendo que no podía convencernos (pues los héroes somos incorruptibles), nos invitó a un bocadillo de mortadela de la que le gusta a

José Ignacio, y bailó una samba.

Nosotros nos comimos el bocata, a modo de desayuno, y salimos corriendo por todo el barrio de Los Remedios, para ver si el footing nos aclaraba un poco más la mente en nuestra misión.

Decidimos volvernos al barrio y lo hicimos por el puente de La Enramadilla, para evitar que lloviera. Debemos reconocer que, por el camino, nos encontramos con varias miamóns, a las que gritamos "míamíamíamíammmooooooooonnnnnnnn".

De pronto, y como si hubiese sido nuestro día de suerte, vimos pasar al Irua del coche, dentro de su propio ídem (como siempre) y lo vimos claro: debíamos seguirlo, pues era muy probable que nos llevase hasta el otro Irua, el Irua del perro, ya que la cabra siempre tira al monte (como nos decían en el colegio Altair para justificar que no hubiese chicas en él).

De manera que empezamos a cruzar la avenida, corriendo de espaldas, y llamamos a gritos a un taxi:

Taxoooooooooooo.

Paró inmediatamente uno que tenía cara de haber terminado de comer espinacas en ese momento (pues llevaba una corbata de lunares rojos), nosotros nos montamos en él y le dijimos, poniéndonos la mano sobre el corazón:

Taxosta: siga a ese coche, al del Irua.

¿Cómo me habéis llamado?

Me cago en tu puta madre –respondimos los dos a la vez- y ten cuidado, que estás ante dos héroes.

Os ruego me perdonéis de todo corazón, de haberos ofendido.

El Irua del coche, que por cierto iba acompañado de cuatro iruas más, uy qué miedo, tiró por la calle de en medio y llegó hasta el barrio de Tinita, que es muy alegre, y se metió por una bocacalle cercana a donde vivía Katiundía.

Cuando detuvo el coche, nosotros le dijimos al taxista que parase, no le pagamos (porque no llevábamos suelto ni amarrado) pero le dimos un chicle y una papeleta de la Hermandad del Cerro. Nos apeamos (que no peímos) y escondímonos tras un árbol.

Estábamos muy nerviosos, ya que, justo el día anterior, el padre de ElHijoPutuCómoPara se puso un pijama celeste nuevo, pero fuimos

capaces de contenernos y observamos, ojo avizor.

El Irua del coche se bajó del idem. Una señora que pasaba por aquella acera exclamó, al verlo:

- Beee Irrrrrrruuuuuuuaaaaaaa.

El Irua llamó al timbre de una casa y, ¿sabéis qué casa era? Pues sí, no os lo váis a creer: la casa de la vieja que era la voz la voz. Miguel y Pedro (o viceversa) nos miramos muy extrañados y nos preguntamos: "¿Qué tendrá que ver la vieja lavozlavoz con el Irua del coche?" y, como ninguno de los dos sabíamos la respuesta, no nos dijimos nada pero no nos lo tomamos a mal, ¿comprendes?

De pronto se abrió la puerta y salió la vieja, que se abrazó al Irua del coche y le preguntó en voz baja: "¿sabes cuánto vamos a conseguir a cambio de liberarla?".

Obviamente, aquello fue justo lo que necesitábamos, la prueba evidente (clara y distinta) de que allí tenían raptada a Mariló, Mariló para los amigos.

Cuando el Irua del coche entró en la casa, nosotros dimos un salto felino y, justo antes de que se cerrara la puerta, metimos las puntas de nuestros pies (uno cada uno, para ir a medias en el heroico rescate) y detuvimos la pesada puerta, pero, eso sí, con mucho disimulo.

Entramos en la casa y nos fuimos escondiendo tras las columnas de la misma, para que no nos descubriese alguien y diera al traste con todo nuestro plan. De pronto, notamos que había gente bajando las escaleras y oímos voces. Nos temblaron las piernas y se nos pusieron de gallina los pelos de las axilas, pues no sabíamos si ellos iban armados o si la FIFA había castigado definitivamente al futbolista aquél que se cagó en los muertos del árbitro. Miramos de reojo hacia la escalera, aguzamos nuestros sentidos, apretamos nuestras manos, nos guiñamos mutuamente un ojo y nos rascamos el codo, por si acaso. De pronto, uno de nosotros dos (Miguel o Pedro, o viceversa) empezó a decir extrañamente "pío, pío, pío". El otro (es decir, Miguel o Pedro, o viceversa) le hizo gestos ostensibles de que se callase, al tiempo que le preguntó:

¿Qué coño estás haciendo? ¿Para qué te pones ahora a decir eso?

Por si nos matan.

¿Y...? ¿Por...?

Para que nadie diga que morimos sin decir ni pío.

Ah, entonces sí.

Sabía que lo comprenderías.

En ese momento nos callamos porque las voces que estaban bajando la escalera, acababan de llegar a la planta de abajo, y observamos, con horror y con el cuello de la camisa desabrochado, que dichas voces, tenebrosas, guturales, electrizantes, correspondían al Irua del coche y... AL IRUA DEL PERROOOOOO. ¡Lo habíamos encontrado! Si es que nuestra intuición nunca nos falla. Menos mal que le hicimos caso a Don Mariano y, por la mañana, nos habíamos puesto a recordar cosas hermosas y agradables para despejar nuestra mente. Menos mal, uff.

Los dos iruas discutían sobre algo relativo a un dinero, a temas de droga y sobre el último partido que había dado La Primera Cadena, TVE1, el domingo anterior. De pronto, la voz de la vieja que tenía lavozlavoz, sonó desde lo alto de la casa, con un desagradable:

Niños, no os peleéis más, que me tenéis hasta el coño de tantas peleas.

De acuerdo, mamá, lo que tú digas –respondieron los dos iruas al unísono.

Y entonces lo vimos claro: el Irua del coche y el Irua del perro eran hermanos. ¡Claro! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Nos miramos los dos, levantando nuestros pulgares hacia arriba en señal de complicidad, y dijimos: "claro".

Esperamos que los iruas se metieran en la cocina, pues iban a prepararle la comida a la vieja de lavozlavoz, para seguir inspeccionando por la planta baja de la casa. Estábamos seguros de que nuestra amiga Mariló se encontraba muy cerca de nosotros: olía muchísimo a pipas sin sal.

Nos hablamos muy quedamente al oído y convinimos que íbamos a seguir a los iruas por la planta baja, para observar sus movimientos. Así lo empezamos a hacer y comprobamos, con gran miedo y horror, que eructaron varias veces, que pelaron patatas para un cocido y que se la pelaron. De pronto, nos miramos el uno al otro y nos dijimos, los dos a la vez, que para qué estábamos siguiendo a los iruas, cuando en realidad lo que nos interesaba era encontrar a Mariló. "Anda, pues sí que es verdad", nos contestamos los dos al unísono (no confundir con una maquinilla de afeitarse) y cambiamos de improviso la estrategia. Desde luego, eso de ser héroes no es nada fácil: hay que estar en todas, a las duras y a las maduras, en Abril aguas mil, la música de John Coltrane, etc.

Una vez hubimos comprobado que Mariló no estaba escondida por ninguna parte de la planta baja, nos decidimos a subir a la planta de arriba; ése era el cambio de estrategia. Sabíamos mucho de logística porque uno de nuestros padres (no recuerdo bien de quién) era militar, que no es lo mismo que planchar tu ropa y después no colgarla.

Al oír un grito del Irua del coche (como si fuese a acercársenos) salimos corriendo arriba. Subimos la escalera a grandes saltos, porque los héroes somos grandes atletas, además de guapos e inteligentes. Nada más llegar a la planta superior, observamos con preocupación y cosquillas en el pie, que la vieja de lavozlavoz custodiaba, con su horrible cuerpo, la entrada de uno de los dormitorios y comprendimos, ipso facto, que ése debía de ser el lugar en el que tenían escondida a nuestra amiga. Aparte de que de allí parecía llegarnos un intenso olor a pipas sin sal (aunque tampoco podíamos asegurar si lo que olía era la pipa de la vieja).

Ahora se trataba de hacer algo que superase el obstáculo de la vieja, flanqueando el dormitorio cual esfinge mitológica o mucolítica. Miguel y Pedro (o viceversa) tuvimos una breve reunión, escondidos debajo del bidé de un cuarto de baño que había arriba y que olía al Irua del perro. Decidimos que nos dividiríamos: uno se iría a un lado y haría un ruido para traer la atención de lavozlavoz, y cuando ésta se acercase al lugar de procedencia del ruido, el otro entraría en la habitación.

Y así lo hicimos: uno de los dos (es decir, Miguel o Pedro, o viceversa) lanzó un potentísimo eructo con gran olor a chorizo, y la vieja de lavozlavoz inmediatamente dio un salto, como si se llamase Gonzalo de la Haza, y salió disparada hacia el lugar de donde le llegó el ruido y la peste:

- ¿Quién anda por ahí? Ese eructo no es de mis niños.

Naturalmente, cuando llegó a la escalera, que era donde se había lanzado la trampa, el que la había hecho, ya se había quitado de allí y se había reunido con el otro. De modo que una vez que estuvimos de nuevo juntos, pero no revueltos, entramos en la habitación que estaba protegiendo la vieja y comprobamos, con inmensa alegría y con prisa, que allí estaba, como no podía ser de otro modo, Mariló. La tenían amordazada y le habían puesto un clavel en el pelo y un piercing en la pestaña izquierda, para despistar.

Cuando Mariló nos vio, de la misma emoción se le escaparon dos lágrimas y un peo, pero nosotros hicimos caso omiso, pues no queríamos darnos importancia, ya que los héroes somos muy humildes, elegantes y de extrema delicadeza. La desatamos y ella, incontinida e incontrolable, se nos lanzó como una posesa y empezó a besarnos en la boca

compulsivamente.

Nosotros la retiramos con disimulo porque no queríamos aprovecharnos de las circunstancias (no nos parecía honesto), y además no nos gustaba ella porque nos recordaba a un plato. De modo que le dijimos:

Mariló: tenemos que salir de aquí, antes de que regresen la vieja y los dos iruas.

La cogimos entre los dos (cada uno por un pie) y la llevamos en volandas, saltando los escalones de cinco en tres, ocho. De pronto, oímos voces y ladridos detrás nuestra: eran la vieja, los dos iruas y el perro del Irua que lleva su mismo nombre, como su propio nombre indica. "A por ellos, que se llevan a nuestra prisionera", gritaban ellos y ladraba el perro. Nosotros, en viendo que no llegaríamos a tiempo hasta la puerta, saltamos por la ventana, utilizando la cabeza de Mariló, Mariló para los amigos, para romper el cristal. Inmediatamente nos vimos en la calle y tuvimos la enorme suerte de que, en ese justo momento, pasaba por allí la Reina de las Sais (llamada así porque siempre le estaba preguntando a la gente, "¿Ustedes de dónde sais?"), que estaba barriendo la calle y, al vernos, se hizo cargo de la situación y se puso a darles escobazos a nuestros perseguidores, al tiempo que cantaba "Ucha David, ¿será David? Vamos a comprobarlo, Eeehhh, Daviidddd. ¡Ah, claro. Es David!". Los iruas y la vieja, aceptando deportivamente la derrota, claudicaron y se fueron al Nervión Plaza, a ver un documental del Festival de Cine Europeo.

Nosotros, es decir, Miguel y Pedro o viceversa, despertamos a Mariló (que se había desmayado) poniéndole pipas bajo sus fosas nasales. Ella se rascó la oreja y prometió invitarnos a todos en el pub "La Terraza", conocidísimo pub sevillano, para celebrar su libertad. Nosotros gritamos muchos vivas, nos abrazamos los tres con incontenible emoción y risa, y dimos muchos saltos los tres juntos. A nuestro lado pasó un cura que no tenía cuello.

.....

Estábamos todos en el pub "La Terraza" para celebrar el feliz final de tan angustiada desgracia, que nos había hermanado a todos. No faltaba nadie. Allí estábamos todos para demostrar a Mariló cuánto nos alegrábamos de su liberación, y allí estaban los demás para mostrarnos a Miguel y Pedro, o viceversa, cuánto nos admiraban. Nos dimos cita: Pepehazelcaballo, Lola, Marisa, Fran, JuanjoJuanjoLosientolosiento, Gonzalo, Elhijopotacómopara, Mariló, Isabel, Mada a Chá, Eva, Mamen (la que salió con Fran y cuyo romance duró exactamente tres minutos), Marcos (el que se nos acercó un día a Miguel y Pedro, o viceversa, y nos dijo "lo siento, pero las tías son nuestras"), Katiundía, Rafa el rubio, Rafa el otro (el que no sabe a nada), un Biólogo, el Hombre del Mapa, Juan Carlos, Willy, El Mismo, El Boy Scout, Antonio el de los Huevos, Galleta, Juan Gómez y

alguien más que no recordamos.

Fran se acercó a una chica muy guapa, que estaba bailando con gestos muy exuberantes, y le pidió que se casara con él o, al menos, que lo acompañase a ducharse; ella le dijo que lo sentía de todo corazón pero que tenía vocación de ingeniera. El Mismo marcó un gol pero Elhijopotacómo para le detuvo un penalty, aunque nada puso hacer por parar el penalty que el novio de su hermana le hizo a ésta.

Los más curiosos nos pedían detalles de nuestra aventura del rescate de Mariló. Juan Carlos decidió marcharse porque, dijo, tenía que estudiar extenso, mientras que su hermano Willy se fue a la barra a pedirse una cerveza, pero vino protestando porque decía que la cerveza tenía poco ácido.

Mada a Cha adelgazó un poco y cambió su nombre por el de Amalia. Pepehazelcaballo rompió un vaso y Fran bailó siguiendo el ritmo de los cristales al romperse sobre el suelo.

Alguien subió al escenario y empezó a gritar desaforadamente:

Hermanos, por favor, no os dejéis manipular por la sociedad de consumo.

JuanjoJuanjoLosientolosiento se levantó, puso cara de chino y nos dijo:

Lo siento, lo siento: voy a ir a la barra a pedirme una cerveza y cacahuetes. ¿Alguien quiere que le traiga algo?

Nadie le respondió y Mamen lloró de pena.

Y así seguíamos pasando la noche, felices y contentos como Don Ricardo con un problema de matemáticas. Charlábamos y reíamos animadamente, alegremente y simplemente cuando Eva se levantó, muy sofocada y salió apresuradamente del bar; necesitaba anhelantemente un paquete de pipas "Curro" sin sal, de las que vende Manolo el del Pala. Salió rauda y veloz como una silla.